



Protección

Para

Viajes

Largos

1. Accidentes

Oliver dio una fuerte calada al cigarrillo entre sus dedos, sintiendo un ardor repentino en su garganta y obligándose a contener el aliento se provocó una fuerte tos. Sus “amigos” lo vieron con diversión. Era la segunda o tercera vez que accedía a fumar con ellos y probablemente la última, ahora que Oliver y su familia se mudaban de la ciudad.

—Es muy bueno... —dijo el chico con ojos llorosos y una voz áspera, tosiendo un poco más.

—Ya, está bien, Flama. No te esfuerces demasiado. Vi que tu mamá está en la dirección.

Sus amigos le decían “Flama”, era un apodo que Oliver se había ganado a pulso por su temperamento, que era lo único que lo hacía distinguir entre el grupo de bravucones de la preparatoria. Quizá no era el más fuerte o el más especialmente malvado, pero cuando se enojaba, lo que era bastante regular, perdía el control; volteaba escritorios, pateaba puertas y arrojaba cosas. Los bravucones de la escuela lo habían adoptado como mascota por la fama que se había hecho en la escuela luego de algunos escándalos

protagonizados por él en su salón. Claro, la mayor parte del tiempo solo era un chico tímido, que no hablaba mucho, se juntaba con ellos porque no tenía más amigos y de alguna forma intentaba encajar. Aunque no siempre lo lograba.

—¿Mi mamá?!

—Sí, hombre... seguro viene a darte de baja, ¿no dijiste que se van a mudar pronto?

—Sí pero, eso es en una semana —respondió Oliver alterado —¿Alguno tiene un chicle, o mentas, lo que sea?

—Lo siento bro, no tengo nada.

—Yo tengo un chocolate, Flama, si te sirve.

Oliver se apresuró a tomarlo, arrebatandolo de la mano de su amigo. Lo abrió de prisa y se lo metió a la boca casi entero, manchandose un poco los cachetes y los labios. Nadie le dijo nada, pero lo vieron divertidos en su desesperación.

—¡Oliver Rivera, de 2do G, pasar a la dirección con sus cosas, por favor! —se escuchó en las bocinas de la escuela.

—Uhy ya llegó mami por ti, Flama.

Oliver enrojeció de la vergüenza, pero no dijo nada, estaba más asustado que lo que podría enojarse, así que en silencio tomó su desgastada

mochila y caminó hacia la dirección. Tan pronto entró vio a la directora del instituto con las manos en su micrófono, quizá lista para hacer un segundo llamado. Tan pronto sus miradas se cruzaron la mujer dejó el micrófono y lo apartó en una esquina de su escritorio. Frente a ella, y de espaldas a Oliver, estaba una mujer de pelo largo y negro, que Oliver no tenía dudas que era su mamá. Tan callada y quieta que le daba miedo.

—Señorito Oliver, espero tenga todas sus cosas. Se va a ir ahora mismo con su madre.

Su mamá se levantó, estrechó la mano de la directora y recogió unos papeles del escritorio mientras los echaba a su bolsa. Con una sonrisa se despidió de todos mientras tomaba a Oliver de la muñeca con firmeza para que lo siguiera.

—Mamá, ¿a dónde vamos? —dijo Oliver con una voz bajita, aun con bastante miedo.

—Vamos a casa, Oli. Hay que terminar de empacar, que nos vamos a ir hoy.

—Pero mami, ¿no era en una semana?

—Sí, pero los planes cambian. —dijo ella volteandolo a ver con cara de disgusto, notando el rostro de su hijo manchado de chocolate —mira nadamas, si pareces niño chiquito con toda la cara embarrada.

Oliver se estremeció de espanto cuando su mamá se inclinó un poco para limpiarle el rostro, le dió de manotazos para alejarla y empezó a limpiarse el solo salvajemente.

—¡Chamaco! ¿Qué rayos te pasa? —dijo su mamá enojándose más. Lo tomó de las manos y sospechando algo, se acercó al rostro de su hijo para comprobar, abriéndole un poco la boca al chico.

—¡Mami, dejame en paz! —resopló Oliver sintiendo el apretón de las manos de su madre que le retenía los brazos.

—¿Acaso has estado fumando? ¡Hueles a cigarro!

—No, no... yo... no he...

—¡Deja de mentir, Oliver! La directora me ha hablado mucho de ti, y estoy muy decepcionada. Hemos intentado por años ayudarte y tener paciencia para que mejores tus calificaciones. Pero solo me entero de que te metes en peleas y ocasionas desastres en tu salón, te sales sin permiso o faltas a clases. ¿Y ahora también fumas? ¿Eso te enseñamos en casa?

—No mami... yo...

—Ya no digas nada, ya hablaremos de eso con tu padre. Ya es suficiente de que te comportes así. Ni

tu hermanito Simón es así de irresponsable e inmaduro.

Oliver subió a regañadientes a la camioneta de mamá y se quedó de brazos cruzados. Como hacía cada vez que lo regañaban. Su hermano Simón, a diferencia de Oliver, era el orgullo de la familia. Un niño muy maduro e inteligente, que siempre destacaba en todo lo que hacía. Era una molestia enorme para Oliver el que siempre lo comparan con él, aunque él tuviese la culpa de su propio fracaso por ser un chico problema, no podía evitar odiar a su hermano menor. Así que de lo poco que podía ayudarse para vengarse de su hermano, lo usaba a su favor. Como el hecho de que Oliver todavía tenía algunos accidentes de camas mojadas por la noche. Oliver aprovechaba para burlarse siempre que podía de su hermano por las mañanas, mucho más aún en las noches calurosas donde solo dormía con su pull-ups a la vista y su peluche de jirafa entre los brazos.

“¡Bebé gigante!” le gritaba desde la puerta abierta de su habitación, que Oliver se aseguraba de dejar abierta antes de irse a dormir, para ver a su hermano apenado en la mañana salir corriendo al baño para cambiarse. Para luego molestarlo en el almuerzo de cuanto es que había llenado su “pañal”.

Simón por su parte, le recordaba tranquilamente, que no eran pañales y que no siempre los mojaba.

Mientras su madre le recordaba a Oliver que él no había sido mejor en eso, y que también había tenido sus problemas de camas mojadas hasta los 9 años. Cosa que a Simón le hubiese gustado ver, pero era imposible por que para ese entonces, él apenas era un bebé y si lo había visto, no podía recordarlo.

Oliver siempre detenía sus burlas luego de eso, era un ciclo que se repetía todos los días. Aunque claro, lo que no sabía la familia de Oliver, es que sus problemas se prolongaron un poco más allá de los 9 años. Quizá tuvo una pausa un tiempo, de los 9 a los 13, porque Oliver quería ser un buen ejemplo para su hermanito y no usar pañales frente él.

Pero alguna vez durante los 13 años, a la hora de tomar el autobús de regreso a casa Oliver sintió una urgencia como nunca había sentido en su vida antes. Soportó lo más que pudo, estremeciéndose en su asiento con desesperación que era evidente para el resto de los pasajeros a su alrededor. Gritó al conductor para que se detuviera unas calles antes de llegar a casa y para su alivio, pudo bajar sin mucha complicación, sin antes sentir como la urgencia se intensificaba a pocos metros de la puerta de su casa.

Era quizá de los momentos más humillantes que recordaba, aunque por fortuna se volvió en un recuerdo secreto. A pocos pasos de su casa, llenó

sus pantalones. Sintió la masa pegajosa entre sus piernas, siendo contenida apenas por su ropa interior, y caminó con vergüenza y prisa el resto de tramo a casa.

Por fortuna ese día había llevado a Simón al dentista y no había nadie en casa. Entró por la parte de atrás intentando no manchar nada. Se deshizo de sus pantalones, la ropa interior y hasta los calcetines. Lo puso todo en una bolsa negra de basura y se dispuso a bañarse. Ya días después su madre le cuestionó cómo había desaparecido uno de sus pantalones del uniforme, pero solo fingió no saber nada y siguió jugando videojuegos.

Nadie nunca se había enterado de eso, pero siempre que su madre le recordaba que él también había tenido sus accidentes siendo más pequeño, recordaba ese accidente en particular. Oliver sospechaba quizá tener un intestino nervioso, siempre que algo lo alteraba parecía que su estómago se ponía en su contra, y le era difícil controlarlo. Así que se volvió un chico desobediente en la escuela, que cuando sentía de repente esas urgencias, no pedía permiso y salía corriendo al baño. Algunos maestros se molestaban, otros solo se disgustaron un poco y le bajaban puntos en silencio.

Tan pronto llegó a casa, su mamá le indicó que se cambiara de ropa y que terminara de empacar sus cosas. La casa ya estaba llena de cajas por todas

partes, así que entre molesto y aburrido de todo aquello, Olivier subió a su habitación. Ya había guardado todo el día anterior, y solo había dejado algunas ropas viejas en su armario. Cosas que poco o nada le interesaba conservar y que prefería que se quedaran olvidadas en su vieja casa, la verdad.

Decidió que no tendría tanta prisa como su madre, y se recostó a ver memes en su celular hasta quedarse dormido. Cuando Oliver abrió los ojos lo primero que sintió fue un fuerte dolor en su garganta. Quizá la poca costumbre que tenía de fumar le estaba pasando factura. Lo siguiente fue una sensación cálida entre las piernas, se tanteó con temor y al levantarse se dió cuenta de una gran mancha de humedad en sus pantalones y sobre las sábanas de la cama.

Se llenó de pánico mientras seguía escuchando los pasos de sus padres cargar cajas por las escaleras y se decidió a desaparecer la evidencia de su accidente tal y como había hecho hace años. Se despojó de la ropa que llevaba de cintura para abajo, sin quitarse la playera del uniforme, se secó como pudo con las partes secas de su pantalón y puso, todo; pantalones ropa interior y calcetines sobre la cama. Se vistió de prisa con ropa interior limpia y pantalones de mezclilla que sacó de una de las cajas, se calzó sus tenis sin calcetines y como su fuera un ladrón de los 80s, convirtió su sábana mojada en un saco con un par

de dobleces, para llevarse toda la ropa mojada por accidente. Su plan era echar todo a una bolsa de basura y lanzarlo en un contenedor cercano. Para cuando su madre se diera cuenta que su uniforme había desaparecido, ya sería muy tarde y quizá estaría en algún depósito de basura del estado.

—Oli, Mamá quiere que... —Era Simón, el hermano menor de Oliver había abierto la puerta y se detuvo de repente al ver a su hermano abrazando un bulto envuelto en sus propias sábanas.

—Maldito enano, ¡Sal de mi habitación! —gritó Oliver llenándose de enojo y corriendo para cerrar su puerta.

—¡No puede ser! ¿Acabas de mojar la cama? —El rostro de Simón se iluminó con una gran sonrisa, a pesar de que le cerraron la puerta en el rostro no dejó de sonreír. —¡Mamá, ven pronto!

Oliver escuchó la risita de su hermanito a través de la puerta. Intentó esconder la evidencia de su crimen con prisa, y mientras se agachaba para empujar todo debajo de la cama, escuchó los pasos de su madre acercándose.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo ella abriendo la puerta sin preguntar antes. Atrapó a Oliver empujando aquel sacó de ropa y con una fuerza descomunal propia de una madre latina enojada

se la arrebató de las manos para ponerla de regreso en la cama.

La sabana se desenvolvió rápidamente, dejando al descubierto su ropa mojada.

—¿Qué significa esto, Oliver?

—Pues... es ropa Ma —dijo con la molestia y la ira atorada por ser descubierto en el acto.

—Sí, ya sé que es ropa, Oliver. ¿Pero por qué está mojada? ¿No te basta con todo lo que me dijeron en tu escuela como para que ahora también mojes la cama?

—No es mi culpa mami... yo solo me quedé dormido y...

—¿Nunca es tu culpa verdad? Estoy harta de que nunca tomes responsabilidad de tus actos Oli. ¿Qué pensabas hacer con esta ropa?

—Yo... la iba a lavar.

—¿Antes de irnos? La lavadora ya está empacada y dentro del camión de mudanzas, Oliver.

El adolescente solo se quedó en silencio, sin hacer contacto con su madre.

—Eres increíble, Oliver. Ve por una bolsa de plástico y una caja, te voy a ayudar a empacar lo

que queda, ya se nos hace tarde y no queremos que nos agarre la noche en el camino.

Oliver puso los ojos en blanco y bajó hasta donde su padre para pedirle las cosas que pidió su mamá. Su mamá ya había cerrado el resto de cajas con sus cosas y se sorprendió al ver cuanta ropa quedaba aún en el armario. Era ropa vieja quizá, de cuando Oliver era más joven y obediente, pero estaba segura que aún le quedaba bien, pues el chico aun no daba el estirón y tenía un cuerpo bastante pequeño para su edad. Así que la única caja que no cerró fue la de la ropa vieja, en dado caso de ocupar durante el viaje, sería más fácil usarla.

Preparó las últimas cosas, y le indicó a Simón que se acercara antes de entrar al auto. Oliver ya estaba arriba, con sus brazos cruzados y su mirada enojada, como siempre. La mujer le bajó un poco el pantalón a su hijo de 8 años y se aseguró de que estuviera usando su Pull-ups de Bluey. Sabía que él era incapaz de desobedecer, pero no quería más problemas hoy.

—Mamá, ¿debo de verdad llevarlos puestos en el coche?

—Sí, mi vida. Recuerda que tienes accidentes al dormir a veces y no hay muchas paradas en el camino tampoco. Así que intentemos que no haya accidentes, ¿ok?

—Pero Oliver se va a burlar de mí. ¡Él también tiene accidentes! ¿Por qué no le pones uno a él también?

La madre de los chicos se lo pensó por un momento, no era una mala idea darle una lección a su hijo rebelde, pero lo negó al momento siguiente pensando en lo absurdo que sería.

—Ya, ya hijo. Olvida el tema. Sí te molesta házmelo saber. Ayúdame a que sea un viaje tranquilo por favor.

—Sí mamá.

El niño subió a la camioneta con la ayuda de su padre. Simón fue acomodado en una silla de auto que le quedaba un poco grande, mientras Oliver lo miraba con una sonrisa.

—Papá, Oli se está burlando de mí...

—Oliver, deja en paz a tu hermano —dijo su papá con tono neutral —atrás llevó también la vieja silla del auto, seguro que Simón todavía cabe en ella y sería divertido verte en esta si sigues molestando.

Oliver tragó saliva y guardó silencio. Sabía bien que su papá no se andaba con bromas. Al poco tiempo iniciaron el viaje, papá puso canciones viejas de Jorge Negrete y Leodan y se puso a cantar junto a su mamá.

—¿Podrías quitar esa basura de ancianos? —dijo Oliver desagradable.

—Cuidado con lo que dices, jovencito —Lo amenazó su mamá sin voltearlo a ver. —Tu papá nunca escucha la música que le gusta.

Oliver frunció su rostro con disgusto. Por fortuna había cargado algo de música en su celular. Se puso sus audífonos e intentó ignorar a su familia mientras veía los autos pasar por la ventana. Pasó cerca de una hora cuando comenzó a sentir algo más que solo el aburrimiento... una urgencia empezó a crecer exponencialmente en sus entrañas. La camioneta iba ya por un tramo largo de desierto árido y no se veían gasolineras a la distancia.

—Mami, necesito ir al baño.

—Ya estamos muy lejos de casa cariño, y creo que falta un rato para un lugar con baño. Tendrás que esperar una media hora, ¿ok? Debiste ir al baño antes de irnos.

Oliver no respondió. Solo sintió la urgencia y su desesperación crecer. Una parte de él sabía que no podría aguantar tanto. Recordando la horrible experiencia que vivió a los 13 años y que estaba a punto de repetirse enfrente de toda su familia. Intentó aguantar, pasaron 10 minutos y se

retorcía en su asiento mientras Simón a su lado se reía al verlo.

—Oliver, estás golpeando mi asiento —dijo su papá al sentir las patadas que hacía Oliver inconscientemente.

—Disculpa... ¿ya casi llegamos?

—5 Minutos más, hijo, ya veo una a lo lejos.

Pero Oliver ya no podía aguantar más. Un fuerte calambre lo hizo retorcerse una vez más. Y apretando los labios sintió como finalmente su cuerpo se rendía. Sintió como el interior de sus intestinos se liberó de pronto, y se topó con su ropa interior como primera barrera. Impulsado por sentir alivio, Oliver se levantó un poco de su asiento y sus desechos encontraron por donde avanzar, llenando por completo su ropa interior.

Ahí, en silencio y lleno de vergüenza, notó como su papá empezaba a estacionarse en una gasolinera. Aunque ya era muy tarde y un olor horrible comenzaba a expandirse dentro del auto.

—¿A quién se le ha escapado un gas?! ¡Es horrible! —dijo su mamá tapándose la nariz.

—Mamá, Es Oliver... ¡Oliver se hizo popó!

—¡Oliver! —gritó la madre mientras se giraba en su asiento para mirar a su hijo mayor, el chico ya estaba sollozando. —¡Oliver! ¿Es en serio?

—Yo... no fue mi culpa.. yo...

—Ya es suficiente... arranca el auto, vamos a un supermercado ahora mismo.

El olor estaba empezando a llenar el interior de la camioneta. A pesar de estar a casi 40 grados por el verano, todos abrieron las ventanas para intentar ventilar un poco del olor. Oliver ya no podía negar lo que había hecho, y su madre estaba ya decidida a tomar medidas drásticas para por fin viajar en paz y al menos intentar corregir un poco la actitud de su hijo. Cosas que Oliver no esperaba que le pasaran nunca.

Aviso de Privacidad.

Este documento forma parte de una serie más amplia de textos, todos propiedad intelectual de Dorian Logan, digitalizados y distribuidos a través de canales oficiales autorizados por el mismo. Prohibida su reproducción total o parcial sin permiso del titular de los derechos, Dorian Logan, sin autorización previa.

Sólo se permite el uso privado y personal que haya sido adquirido por medios legales.

Contacto: dorianlogan23@gmail.com

<https://subscribestar.adult/dorianlogan>

<https://t.me/notdorito>

Todo el contenido es para adultos mayores de 18 años.